Leer y releer

Noviembre de 2016 N.° 81

Medio pan y un libro

Federico García Lorca

Universidad de Antioquia / Sistema de Bibliotecas

Ilustraciones: dibujos de Audrey Lataste
Portada: Sin título. Lápiz y acuarela sobre papel

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

1803

Vicerrectoría de Docencia

Sistema de Bibliotecas
Correo electrónico: german.sierra@udea.edu.co
Teléfono: (57-4) 219 59 54

Impresión y terminación: Imprenta Universidad de Antioquia

Presentación

Federico García Lorca murió en Granada, España, asesinado por agentes franquistas (recientemente había comenzado la Guerra Civil Española, 1936-1939), el 19 de agosto de 1936, es decir, hace ochenta años. Había nacido el 5 de junio de 1898 en Fuente Vaqueros, pequeño pueblo también de Granada. Vivió, pues, solo 38 años, lo cual no impidió que dejara a la posteridad una obra extensa en la que cupieron la poesía, el ensayo, la dramaturgia y un vasto epistolario. Son famosos sus títulos *Romancero gitano, Llanto por Ignacio Sánchez Mejías, Poeta en Nueva York* y *Sonetos del amor oscuro* en poesía; *La zapatera prodigiosa, Bodas de sangre* y *La casa de Bernarda Alba* en teatro, y *El cante jondo: Primitivo canto andaluz* en ensayo.

Lorca hizo parte del grupo de poetas españoles conocido como Generación del 27 (también se le incluye en la Generación del 36), al lado de Luis Cernuda, Jorge Guillén, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti y Pedro Salinas, entre otros. De él escribió Luis Cernuda:

> Fue Lorca un poeta dramático al mismo tiempo que lírico, y aunque no hubiese escrito teatro, todavía sería un poeta dramático por una parte grande de su poesía. Otra, en cambio, nos presenta a manera de pequeñas pinturas, de miniaturas donde se dibuja el poema; porque Lorca a veces «veía» sus composiciones, pudiendo decirse

de él la frase de Gautier tantas veces repetida: «Para mí el mundo visible existe». Claro que no solo el sentido de la vista, sino todos los cinco intervienen con frecuencia en esta obra tan sensual y tan sentida, en la cual se diría que la inteligencia apenas tiene parte y todo se debe al instinto y a la intuición (Luis Cernuda. *Prosa completa,* Barral Editores, Barcelona, 1975).

La presente edición de *Leer y Releer* contiene tres textos de Federico García Lorca, relacionados con el libro, la lectura y la poesía —tres grandes amores del poeta—, como con la singular fuerza que origina la creación —el «duende» lorquiano que solo desarrollado por él es entendible a cabalidad— en las diversas expresiones del arte, ante todo en la música, la danza y la poesía.

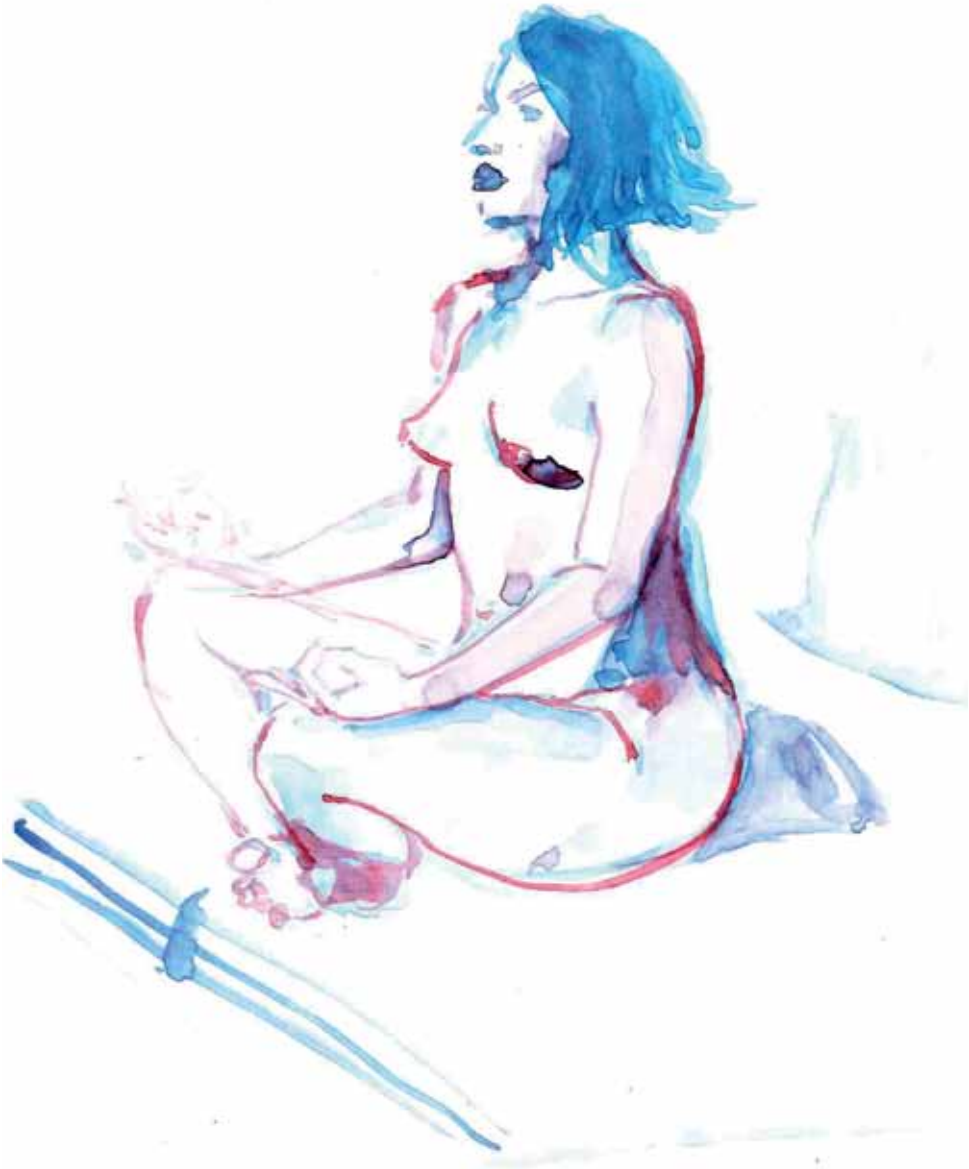
En el primer sentido, publicamos por segunda vez en la Biblioteca «Medio pan y un libro» (en septiembre de 2011 el Sistema de Bibliotecas publicó este texto con la autorización de Mercedes Casanovas de Casanovas & Lynch Agencia Literaria S. L. y de Manuel Fernández-Montesinos García, representante de la Comunidad de Herederos de Federico García Lorca), el discurso que García Lorca dio en septiembre de 1931 en Fuente Vaqueros, su pueblo natal, en la inauguración de la biblioteca popular que él mismo ayudó a impulsar y que en ese momento se hacía realidad. El discurso es un hermoso recorrido por los caminos del libro y una invitación, como pocas, a la lectura, refiriéndose a las gentes humildes que habitaban ese pequeño pueblo: «No solo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle, no pediría un pan; sino que pediría medio pan y un libro», dice en un momento de su texto.

«Juego y teoría del duende» es al igual un bello ensayo en el cual García Lorca nos habla de una propiedad de la creación que está más allá de la llamada inspiración, más allá del «ángel» que, se dice, acompaña las realizaciones felices, etc. Y también deducimos que «duende» es una expresión que está por fuera de los circuitos académicos o deliberadamente cultos, y que se instala en el ensayo artístico desde un origen popular. Es la gente «común y corriente» quien se refiere al «duende» con que cuentan las expresiones verdaderamente importantes en el arte.

Y «Comentarios a Omar Kayyam» es una hermosa página de sus escritos de juventud (¿dieciocho años?) dedicada al matemático, astrónomo y poeta persa. Una página de pura poesía a la poesía y al vino.

El número 81 de *Leer y Releer,* pues, dedicado a Federico García Lorca en el ochenta aniversario de su muerte, para recordar la importancia de su obra, para recordar, desde su literatura misma, el gusto que constituye la lectura de sus poemas y de sus ensayos y el acercamiento a su extensa obra teatral. Una obra llena de arte, de amor sensual y de poesía. Una obra imprescindible, sin duda.

Luis Germán Sierra J.



Medio pan y un libro

Federico García Lorca

Discurso pronunciado por Federico García Lorca en la inauguración de la biblioteca de su pueblo natal, Fuente Vaqueros (Granada, España), en septiembre de 1931.

Queridos paisanos y amigos:

Antes que nada yo debo deciros que no hablo sino que leo. Y no hablo, porque lo mismo que le pasaba a Galdós y, en general, a todos los poetas y escritores nos pasa, estamos acostumbrados a decir las cosas pronto y de una manera exacta, y parece que la oratoria es un género en el cual las ideas se diluyen tanto que solo queda una música agradable, pero lo demás se lo lleva el viento.

Siempre todas mis conferencias son leídas, lo cual indica mucho más trabajo que hablar, pero al fin y al cabo, la expresión es mucho más duradera porque queda escrita y mucho más firme puesto que puede servir de enseñanza a las gentes que no oyen o no están presentes aquí.

Tengo un deber de gratitud con este hermoso pueblo donde nací y donde transcurrió mi dichosa niñez por el inmerecido homenaje de que he sido objeto al dar mi nombre a la antigua calle de la iglesia. Todos podéis creer que os lo agradezco de corazón, y que yo cuando en Madrid o en otro sitio me preguntan el lugar de mi nacimiento, en encuestas periodísticas o en cualquier parte, yo digo que nací en Fuente Vaqueros para que la gloria o la fama que haya de caer en mí caiga también sobre este simpatiquísimo, sobre este modernísimo, sobre este jugoso y liberal pueblo de la Fuente. Y sabed todos que yo inmediatamente hago su elogio como poeta y como hijo de él, porque en toda la vega de Granada, y no es pasión, no hay otro pueblo más hermoso, ni más rico, ni con más capacidad emotiva que este pueblecito. No quiero ofender a ninguno de los bellos pueblos de la vega de Granada, pero yo tengo ojos en la cara y la suficiente inteligencia para decir el elogio de mi pueblo natal.

Está edificado sobre el agua. Por todas partes cantan las acequias y crecen los altos chopos donde el viento hace sonar sus músicas suaves en el verano. En su corazón tiene una fuente que mana sin cesar y por encima de sus tejados asoman las montañas azules de la vega, pero lejanas, apartadas, como si no quisieran que sus rocas llegaran aquí donde una tierra muelle y riquísima hace florecer toda clase de frutos.

El carácter de sus habitantes es característico entre los pueblos limítrofes. Un muchacho de Fuente Vaqueros se reconoce entre mil. Allí le veréis garboso, con el sombrero echado hacia atrás, dando manotazos y ágil en la conversación y en la elegancia. Pero será el primero, en un grupo de forasteros, en admitir una idea moderna o en secundar un movimiento noble.

Una muchacha de la Fuente la conoceréis entre mil por su sentido de la gracia, por su viveza, por su afán de elegancia y superación.

Y es que los habitantes de este pueblo tienen sentimientos artísticos nativos bien palpables en las personas que han nacido de él. Sentimiento artístico y sentido de la alegría que es tanto como decir sentido de la vida.

Muchas veces he observado que, al entrar en este pueblo, hay como un clamor, un estremecimiento que mana de la parte más íntima de él. Un clamor, un ritmo, que es afán social y comprensión humana. Yo he recorrido cientos y cientos de pueblecitos como este, y he podido estudiar en ellos una melancolía que nace no solamente de la pobreza, sino también de la desesperanza y de la incultura. Los pueblos que viven solamente apegados a la tierra tienen únicamente un sentimiento terrible de la muerte sin que haya nada que eleve hacia días claros de risa y auténtica paz social.

Fuente Vaqueros tiene ganado eso. Aquí hay un anhelo de alegría o sea de progreso o sea de vida. Y por lo tanto afán artístico, amor a la belleza y a la cultura.

Yo he visto a muchos hombres de otros campos volver del trabajo a sus hogares, y llenos de cansancio, se han sentado quietos, como estatuas, a esperar otro día y otro y otro, con el mismo ritmo, sin que por su alma cruce un anhelo de saber. Hombres esclavos de la muerte sin haber vislumbrado siquiera las luces y la hermosura a que llega el espíritu humano. Porque en el mundo no hay más que vida y muerte y existen millones de hombres que hablan, viven, miran, comen, pero están muertos. Más muertos que las piedras y más muertos que los verdaderos muertos que duermen su sueño bajo la tierra, porque tienen el alma muerta. Muerta como un molino que no muele, muerta porque no tiene amor, ni un germen de idea, ni una fe, ni un ansia de liberación, imprescindible en todos los hombres para poderse llamar así. Es este uno de los problemas, queridos amigos míos, que más me preocupan en el presente momento.

Cuando alguien va al teatro, a un concierto o a una fiesta de cualquier índole que sea, si la fiesta es de su agrado, recuerda inmediatamente y lamenta que las personas que él quiere no se encuentren allí. «Lo que le gustaría esto a mi hermana, a mi padre», piensa, y no goza ya del espectáculo sino a través de una leve melancolía. Esta es la melancolía que yo siento, no por la gente de mi casa, que sería pequeño y ruin, sino por todas las criaturas que por falta de medios y por desgracia suya no

gozan del supremo bien de la belleza que es vida y es bondad y es serenidad y es pasión.

Por eso no tengo nunca un libro, porque regalo cuantos compro, que son infinitos, y por eso estoy aquí honrado y contento de inaugurar esta biblioteca del pueblo, la primera seguramente en toda la provincia de Granada.

No solo de pan vive el hombre. Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan, sino que pediría medio pan y un libro. Y yo ataco desde aquí violentamente a los que solamente hablan de reivindicaciones económicas sin nombrar jamás las reivindicaciones culturales que es lo que los pueblos piden a gritos. Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio del Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social.

Yo tengo mucha más lástima de un hombre que quiere saber y no puede, que de un hambriento. Porque un hambriento puede calmar su hambre fácilmente con un pedazo de pan o con unas frutas, pero un hombre que tiene ansia de saber y no tiene medios, sufre una terrible agonía porque son libros, libros, muchos libros los que necesita, ¿y dónde están esos libros?

¡Libros!, ¡libros! He aquí una palabra mágica que equivale a decir: «amor, amor», y que debían los pueblos pedir como piden pan o como anhelan la lluvia para sus sementeras. Cuando el insigne escritor ruso, Fiódor Dostoyevski, padre de la Revolución rusa mucho más que Lenin, estaba prisionero en la Siberia, alejado del mundo, entre cuatro paredes y cercado por desoladas llanuras de nieve infinita, pedía socorro en carta a su lejana familia, solo decía: «¡Enviadme libros, libros, muchos libros para que mi alma no muera!». Tenía frío y no pedía fuego, tenía terrible sed y no pedía agua, pedía libros, es decir, horizontes, es decir, escaleras para subir a la cumbre del espíritu y del corazón. Porque la agonía física, biológica, natural, de un cuerpo por hambre, sed o frío, dura poco, muy poco, pero la agonía del alma insatisfecha dura toda la vida.

Ya ha dicho el gran Menéndez Pidal, uno de los sabios más verdaderos de Europa, que el lema de la República debe ser: «Cultura». Cultura, porque solo a través de ella se pueden resolver los problemas en que hoy se debate el pueblo lleno de fe, pero falto de luz.

Y no olvidéis que lo primero de todo es la luz. Que es la luz obrando sobre unos cuantos individuos lo que hace los pueblos, y que los pueblos vivan y se engrandezcan a cambio de las ideas que nacen en unas cuantas cabezas privilegiadas, llenas de un amor superior hacia los demás.

Por eso ¡no sabéis qué alegría tan grande me produce el poder inaugurar la biblioteca pública de Fuente Vaqueros! Una biblioteca que es una reunión de libros agrupados y seleccionados, que es una voz contra la ignorancia; una luz perenne contra la oscuridad.

Nadie se da cuenta, al tener un libro en las manos, el esfuerzo, el dolor, la vigilia, la sangre que ha costado. El libro es sin disputa la obra mayor de la humanidad. Muchas veces, un pueblo está dormido como el agua de un estanque en día sin viento. Ni el más leve temblor turba la ternura blanda del agua. Las ranas duermen en el fondo y los pájaros están inmóviles en las ramas que lo circundan. Pero arrojad de pronto una piedra. Veréis una explosión de círculos concéntricos, de ondas redondas que se dilatan atropellándose unas a las otras y se estrellan contra los bordes. Veréis un estremecimiento total del agua, un bullir de ranas en todas direcciones, una inquietud por todas las orillas y hasta los pájaros que dormían en las ramas umbrosas saltan disparados en bandadas por todo el aire azul. Muchas veces un pueblo duerme como el agua de un estanque un día sin viento, y un libro o unos libros pueden estremecerle e inquietarle y enseñarle nuevos horizontes de superación y concordia.

¡Y cuánto esfuerzo ha costado al hombre producir un libro! ¡Y qué influencia tan grande ejercen, han ejercido y ejercerán en el mundo!

Ya lo dijo el sagacísimo Voltaire: Todo el mundo civilizado se gobierna por unos cuantos libros: la Biblia, el Corán, las obras

de Confucio y de Zoroastro. Y el alma y el cuerpo, la salud, la libertad y la hacienda se supeditan y dependen de aquellas grandes obras. Y yo añado: todo viene de los libros. La Revolución francesa sale de la Enciclopedia y de los libros de Rousseau, y todos los movimientos actuales societarios comunistas y socialistas arrancan de un gran libro; de *El capital*, de Carlos Marx.

Pero antes de que el hombre pudiese construir libros para difundirlos, ¡qué drama tan largo y qué lucha ha tenido que sostener! Los primeros hombres hicieron libros de piedra, es decir escribieron los signos de sus religiones sobre las montañas. No teniendo otro modo, grabaron en las rocas sus anhelos con esta ansia de inmortalidad, de sobrevivir, que es lo que diferencia al humano de la bestia. Luego emplearon los metales. Aarón, sacerdote milenario de los hebreos, hermano de Moisés, llevaba una tabla de oro sobre el pecho con inscripciones, y las obras del poeta griego primitivo Hesíodo, que vio a las nueve musas bailar sobre las cumbres del monte Helicón, se escribieron sobre láminas de plomo. Más tarde los caldeos y los asirios ya escribieron sus códices y los hechos de su historia sobre ladrillos, pasando sobre estos un punzón antes de que se secasen. Y tuvieron grandes bibliotecas de tablas de arcilla, porque ya eran pueblos adelantados, estupendos astrónomos, los primeros que hicieron altas torres y se dedicaron al estudio de la bóveda celeste.

Los egipcios, además de escribir en las puertas de sus prodigiosos templos, escribieron sobre unas largas tiras vegetales llamadas papiros, que enrollaban. Aquí empieza el libro propiamente dicho. Como el Egipto prohibiera la exportación de esta materia vegetal, y deseando las gentes de la ciudad de Pérgamo tener libros y una biblioteca, se les ocurrió utilizar las pieles secas de los animales para escribir sobre ellas, y entonces nace el pergamino, que en poco tiempo venció al papiro y se utiliza ya como única materia para hacer libros, hasta que se descubre el papel.

Mientras cuento esto de manera tan breve, no olvidar que entre hecho y hecho hay muchos siglos; pero el hombre sigue

luchando con las uñas, con los ojos, con la sangre, por eternizar, por difundir, por fijar el pensamiento y la belleza.

Cuando a Egipto se le ocurre no vender papiros porque los necesitan o porque no quieren, ¿quién pasa en Pérgamo noches y años enteros de luchas hasta que se le ocurre escribir en piel seca de animal?, ¿qué hombre o qué hombres son estos que en medio del dolor buscan una materia donde grabar los pensamientos de los grandes sabios y poetas? No es un hombre ni son cien hombres. Es la humanidad entera la que les empujaba misteriosamente por detrás.

Entonces, una vez ya con pergamino, se hace la gran biblioteca de Pérgamo, verdadero foco de luz en la cultura clásica. Y se escriben los grandes códices. Diodoro de Sicilia dice que los libros sagrados de los persas ocupaban en pergaminos nada menos que mil doscientas pieles de buey.

Toda Roma escribía en pergaminos. Todas las obras de los grandes poetas latinos, modelos eternos de profundidad, perfección y hermosura, están escritas sobre pergamino. Sobre pergaminos brotó el arrebatado lirismo de Virgilio y sobre la misma piel amarillenta brillan las luces densas de la espléndida palabra del español Séneca.

Pero llegamos al papel. Desde la más remota antigüedad el papel se conocía en China. Se fabricaba con arroz. La difusión del papel marca un paso gigantesco en la historia del mundo. Se puede fijar el día exacto en que el papel chino penetró en Occidente para bien de la civilización. El día glorioso que llegó fue el 7 de julio del año 751 de la era cristiana.

Los historiadores árabes y los chinos están conformes en esto. Ocurrió que los árabes, luchando con los chinos en Corea lograron traspasar la frontera del Celeste Imperio y consiguieron hacerles muchos prisioneros. Algunos prisioneros de estos tenían por oficio hacer papel y enseñaron su secreto a los árabes. Estos prisioneros fueron llevados a Samarkanda donde ejercieron su oficio bajo el reinado del sultán Harun al-Rachid, el prodigioso personaje que puebla los cuentos de *Las mil y una noches*.

El papel se hizo con algodón, pero como allí escaseaba este producto, se les ocurrió a los árabes hacerlo de trapos viejos y así cooperaron a la aparición del papel actual. Pero los libros tenían que ser manuscritos. Los escribían los amanuenses, hombres pacientísimos que copiaban página a página con gran primor y estilo, pero eran muy pocas las personas que los podían poseer.

Y así, como las colecciones de rollos de papiros o de pergaminos pertenecieron a los templos o a las colecciones reales, los manuscritos en papel ya tuvieron más difusión, aunque naturalmente entre las altas clases privilegiadas. De este modo se hacen multitud de libros, sin que se abandone, naturalmente, el pergamino, pues sobre esta clase de materia se pintan por artistas maravillosas miniaturas de vivos colores de tal belleza e intensidad, que muchos de estos libros los conservan las actuales grandes bibliotecas, como verdaderas joyas, más valiosas que el oro y las piedras preciosas mejor talladas. Yo he tenido con verdadera emoción varios de estos libros en mis manos. Algunos códices árabes de la biblioteca de El Escorial y la magnífica *Historia natural,* de Alberto Magno, códice del siglo XIII existente en la Universidad de Granada, con el cual me he pasado horas enteras, sin poder apartar mis ojos de aquellas pinturas de animales, ejecutadas con pinceles más finos que el aire, donde los colores azules y rosas y verdes y amarillos se combinan sobre fondos hechos con panes de oro.

Pero el hombre pedía más. La humanidad empujaba misteriosamente a unos cuantos hombres para que abrieran con sus hachas de luz el bosque tupidísimo de la ignorancia. Los libros, que tenían que ser para todos, eran por las circunstancias objetos de lujo, y, sin embargo, son objetos de primera necesidad. Por las montañas y por los valles, en las ciudades y a las orillas de los ríos, morían millones de hombres sin saber qué era una letra. La gran cultura de la Antigüedad estaba olvidada y las supersticiones más terribles nublaban las conciencias populares.

Se dice que el dolor de saber abre las puertas más difíciles, y es verdad. Esta ansia confusa de los hombres movió a dos o tres a hacer sus estudios, sus ensayos, y así apareció en el siglo XV,

en Maguncia de Alemania, la primera imprenta del mundo. Varios hombres se disputan la invención, pero fue Gutenberg el que la llevó a cabo. Se le ocurrió fundir en plomo las letras y estamparlas, pudiendo así reproducir infinitos ejemplares de un libro. ¡Qué cosa más sencilla! ¡Qué cosa más difícil! Han pasado siglos y siglos, y sin embargo no ha surgido esta idea en la mente del hombre. Todas las claves de los secretos están en nuestras manos, nos rodean constantemente, pero ¡qué enorme dificultad para abrir las puertecitas donde viven ocultos!

En las materias de la naturaleza se encuentran, sin duda, los lenitivos de muchas enfermedades incurables, ¿pero qué combinación es la precisa, la justa, para que el milagro se opere? Pocas veces en la historia del mundo hay un hecho más importante que este de la invención de la imprenta. De mucho más alcance que los otros dos grandes hechos de su época: la invención de la pólvora y el descubrimiento de América. Porque si la pólvora acaba con el feudalismo y da motivo a los grandes ejércitos y a la formación de fuertes nacionalidades antes fraccionadas por la nobleza, y el nacimiento de América da lugar a un desplazamiento de la historia a una nueva vida y termina con un milenario secreto geográfico, la imprenta va a causar una revolución en las almas, tan grande que las sociedades han de temblar hasta sus cimientos. Y sin embargo ¡con qué silencio y qué tímidamente nace! Mientras la pólvora hacía estallar sus rosas de fuego por los campos, y el Atlántico se llenaba de barcos que con las velas henchidas por el viento iban y venían cargados de oro y materiales preciosos, calladamente en la ciudad de Amberes, Cristóbal Plantino establece la imprenta y la librería más importante del mundo, y ¡por fin!, hace los primeros libros baratos.

Entonces los libros antiguos, de los que quedaban uno o dos o tres ejemplares de cada uno, se agolpan en las puertas de las imprentas y en las puertas de las casas de los sabios pidiendo a gritos ser editados, ser traducidos, ser expandidos por toda la superficie de la tierra. Este es el gran momento del mundo. Es el Renacimiento. Es el alba gloriosa de las culturas modernas con las cuales vivimos.

Muchos siglos antes de esto que cuento, después de la caída del imperio romano, de las invasiones bárbaras y el triunfo del cristianismo, tuvo el libro su momento más terrible de peligro. Fueron arrasadas las bibliotecas y esparcidos los libros. Toda la ciencia filosófica y la poesía de los antiguos estuvieron a punto de desaparecer. Los poemas homéricos, las obras de Platón, todo el pensamiento griego, luz de Europa, la poesía latina, el derecho de Roma, todo, absolutamente todo. Gracias a los cuidados de los monjes no se rompió el hilo. Los monasterios antiguos salvaron a la humanidad. Toda la cultura y el saber se refugió en los claustros donde unos hombres sabios y sencillos, sin ningún fanatismo ni intransigencia (la intransigencia es mucho más moderna), custodiaron y estudiaron las grandes obras imprescindibles para el hombre. Y no solamente hacían esto, sino que estudiaron los idiomas antiguos para entenderlos y así se da el caso de que un filósofo pagano como Aristóteles influya decisivamente en la filosofía católica. Durante toda la Edad Media los benedictinos del monte Athos recogen y guardan infinidad de libros y a ellos les debemos conocer casi las más hermosas obras de la humanidad antigua.

Pero empezó a soplar el aire puro del Renacimiento italiano y las bibliotecas se levantan por todas partes. Se desentierran las estatuas de los antiguos dioses, se apuntalan los bellísimos templos de mármol, se abren academias como la que Cosme de Médicis fundó en Florencia para estudiar las obras del filósofo Platón, y en fin el gran papa Nicolás V envió comisionistas a todas las partes del mundo para que adquirieran libros y pagaba espléndidamente a sus traductores.

Pero con ser esto magnífico, el paso grande lo daba el editor Cristóbal Plantino en Amberes. Era de aquella casita con su patiecillo cubierto de hiedras y sus ventanas de cristales emplomados, de donde salía la luz para todos con el libro barato y donde se urdía una gran ofensiva contra la ignorancia que hay que continuar con verdadero calor, porque todavía la ignorancia es terrible y ya sabemos que donde hay ignorancia es muy fácil confundir el mal con el bien y la verdad con la mentira.

Naturalmente, los poderosos que tenían manuscritos y libros en pergamino, se sonrieron del libro impreso en papel como cosa deleznable y de mal gusto que estaba al alcance de todos. Sus libros estaban ricamente pintados con adornos de oro y los otros eran simples papeles con letras. Pero a mediados del siglo XV y gracias a los magníficos pintores flamencos, hermanos Van Eyck, que fueron también los primeros que pintaron con óleo, aparece el grabado y los libros se llenaron de reproducciones que ayudaban de modo notable al lector. En el siglo XVI, el genio de Alberto Durero lo perfeccionó y ya los libros pudieron reproducir cuadros, paisajes, figuras, siguiendo perfeccionándose durante todo el XVII para llegar en el siglo XVIII a la maravilla de las ilustraciones y la cumbre de la belleza del libro hecho con papel.

El siglo XVIII llega a la maravilla en hacer libros bellos. Las obras se editan llenas de grabados y aguafuertes, y con un cuidado y un amor tan grandes por el libro que todavía los hombres del siglo XX, a pesar de los adelantos enormes, no hemos podido superar.

El libro deja de ser un objeto de cultura de unos pocos para convertirse en un tremendo factor social. Los efectos no se dejan esperar. A pesar de persecuciones y de servir muchas veces de pasto a las llamas, surge la Revolución francesa, primera obra social de los libros.

Porque contra el libro no valen persecuciones. Ni los ejércitos, ni el oro, ni las llamas pueden contra ellos; porque podéis hacer desaparecer una obra, pero no podéis cortar las cabezas que han aprendido de ella porque son miles, y si son pocas ignoráis dónde están.

Los libros han sido perseguidos por toda clase de Estados y por toda clase de religiones, pero esto no significa nada en comparación con lo que han sido amados. Porque si un príncipe oriental fanático quema la biblioteca de Alejandría, en cambio Alejandro de Macedonia manda construir una caja riquísima de esmaltes y pedrerías para conservar la *Ilíada*, de Homero; y los árabes cordobeses fabrican la maravilla del Mirahb de su mezquita para

guardar en él un Corán que había pertenecido al califa Omar. Y pese a quien pese, las bibliotecas inundan el mundo y las vemos hasta en las calles y al aire libre de los jardines de las ciudades.

Cada día que pasa las múltiples casas editoriales se esfuerzan en bajar los precios, y hoy ya está el libro al alcance de todos en ese gran libro diario que es la prensa, en ese libro abierto de dos o tres hojas que llega oloroso a inquietud y a tinta mojada, en ese oído que oye los hechos de todas las naciones con imparcialidad absoluta; en los miles de periódicos, verdaderos latidos del corazón unánime del mundo.

Por primera vez en su corta historia tiene este pueblo un principio de biblioteca. Lo importante es poner la primera piedra, porque yo y todos ayudaremos para que se levante el edificio. Es un hecho importante que me llena de regocijo y me honra que sea mi voz la que se levante aquí en el momento de su inauguración, porque mi familia ha cooperado extraordinariamente a la cultura vuestra. Mi madre, como todos sabéis, ha enseñado a mucha gente de este pueblo, porque vino aquí para enseñar, y yo recuerdo de niño haberla oído leer en alta voz para ser escuchada por muchos. Mis abuelos sirvieron a este pueblo con verdadero espíritu y hasta muchas de las músicas y canciones que habéis cantado han sido compuestas por algún viejo poeta de mi familia. Por eso yo me siento lleno de satisfacción en este instante y me dirijo a los que tienen fortuna pidiéndoles que ayuden en esta obra, que den dinero para comprar libros como es su obligación, como es su deber. Y a los que no tienen medios, que acudan a leer, que acudan a cultivar sus inteligencias como único medio de su liberación económica y social. Es preciso que la biblioteca se esté nutriendo de libros nuevos y lectores nuevos y que los maestros se esmeren en no enseñar a leer a los niños mecánicamente, como hacen tantos por desgracia todavía, sino que les inculquen el sentido de la lectura, es decir, lo que vale un punto y una coma en el desarrollo y la forma de una idea escrita.

Y ¡libros!, ¡libros! Es preciso que a la bibliotequita de la Fuente comiencen a llegar libros. Yo he escrito a la editorial

de la Residencia de Estudiantes de Madrid, donde yo he estudiado tantos años, y a la Editorial Ulises, para ver si consigo que manden aquí sus colecciones completas, y desde luego, yo mandaré los libros que he escrito y los de mis amigos.

Libros de todas las tendencias y de todas las ideas. Lo mismo las obras divinas, iluminadas, de los místicos y los santos, que las obras encendidas de los revolucionarios y los hombres de acción. Que se enfrenten el *Cántico espiritual* de san Juan de la Cruz, obra cumbre de la poesía española, con las obras de Tolstói; que se miren frente a frente *La ciudad de Dios* de san Agustín con *Zaratustra* de Nietzsche o *El capital* de Marx. Porque, queridos amigos, todas estas obras están conformes en un punto de amor a la humanidad y elevación del espíritu, y, al final, todas se confunden y abrazan en un ideal supremo.

Y ¡lectores!, ¡muchos lectores! Yo sé que todos no tienen igual inteligencia, como no tienen la misma cara; que hay inteligencias magníficas y que hay inteligencias pobrísimas, como hay caras feas y caras bellas, pero cada uno sacará del libro lo que pueda, que siempre le será provechoso, y para algunos será absolutamente salvador. Esta biblioteca tiene que cumplir un fin social, porque si se cuida y se alienta el número de lectores, y poco a poco se va enriqueciendo con obras, dentro de unos años ya se notará en el pueblo, y esto no lo dudéis, un mayor nivel de cultura. Y si esta generación que hoy me oye no aprovecha por falta de preparación todo lo que puedan dar los libros, ya lo aprovecharán vuestros hijos. Porque es necesario que sepáis todos que los hombres no trabajamos para nosotros, sino para los que vienen detrás, y que este es el sentido moral de todas las revoluciones y, en último caso, el verdadero sentido de la vida.

Los padres luchan por sus hijos y por sus nietos, y egoísmo quiere decir esterilidad. Y ahora que la humanidad tiende a que desaparezcan las clases sociales, tal como estaban instituidas, precisa un espíritu de sacrificio y abnegación en todos los sectores, para intensificar la cultura, única salvación de los pueblos.

Estoy seguro de que Fuente Vaqueros, que siempre ha sido un pueblo de imaginación viva y de alma clara y risueña como

el agua que fluye de su fuente, sacará mucho jugo de esta biblioteca y servirá para llevar a la conciencia de todos nuevos anhelos y alegrías por saber. Os he explicado a grandes trazos el trabajo que ha costado al hombre llegar a hacer libros para ponerlos en todas las manos. Que esta modesta y pequeña lección sirva para que los améis y los busquéis como amigos. Porque los hombres se mueren y ellos quedan más vivos cada día, porque los árboles se marchitan y ellos están eternamente verdes y porque en todo momento y en toda hora se abren para responder a una pregunta o prodigar un consuelo.

Y sabed, desde luego, que los avances sociales y las revoluciones se hacen con libros y que los hombres que las dirigen mueren muchas veces como el gran Lenin de tanto estudiar, de tanto querer abarcar con su inteligencia. Que no valen armas ni sangre si las ideas no están bien orientadas y bien digeridas en las cabezas. Y que es preciso que los pueblos lean para que aprendan no solo el verdadero sentido de la libertad, sino el sentido actual de la comprensión mutua y de la vida.

Y gracias a todos. Gracias al pueblo, gracias en particular a la agrupación socialista que siempre ha tenido conmigo las mayores deferencias, y gracias a vuestro alcalde, don Rafael Sánchez Roldán, hombre benemérito, verdadero y leal hijo del trabajo, que ha adquirido por su propio esfuerzo ilustración y conciencia de su época, y merced al cual es hoy un hecho esta biblioteca pública.

Y un saludo a todos. A los vivos y a los muertos, ya que vivos y muertos componen un país. A los vivos para desearles felicidad y a los muertos para recordarlos cariñosamente porque representan la tradición del pueblo y porque gracias a ellos estamos todos aquí. Que esta biblioteca sirva de paz, inquietud espiritual y alegría en este precioso pueblo donde tengo la honra de haber nacido, y no olvidéis este precioso refrán que escribió un crítico francés del siglo XIX: «Dime qué lees y te diré quién eres».

Teoría y juego del duende

Señoras y señores:

Desde el año 1918, que ingresé en la Residencia de Estudiantes de Madrid, hasta 1928 en que la abandoné, terminados mis estudios de Filosofía y Letras, he oído en aquel refinado salón, donde acudía para corregir su frivolidad de playa francesa la vieja aristocracia española, cerca de mil conferencias.

Con ganas de aire y del sol me he aburrido tanto, que al salir me he sentido cubierto por una leve ceniza casi a punto de convertirse en pimienta de irritación.

No. Yo no quisiera que entrase en la sala ese terrible moscardón del aburrimiento que ensarta todas las cabezas por un hilo tenue de sueño y pone en los ojos de los oyentes unos grupos diminutos de puntas de alfiler.

De modo sencillo, con el registro que en mi voz poética no tiene luces de maderas, ni recodos de cicuta, ni ovejas que de pronto son cuchillos de ironías, voy a ver si puedo daros una sencilla lección sobre el espíritu oculto de la dolorida España.

El que está en la piel de toro extendida entre los Júcar, Guadalete, Silo Pisuerga (no quiero citar a los caudales junto a las ondas color melena de león que agita el Plata), oye decir

con medida frecuencia: «Esto tiene mucho duende». Manuel Torres, gran artista del pueblo andaluz, decía a uno que cantaba: «Tú tienes voz, tú sabes los estilos, pero no triunfarás nunca, porque tú no tienes duende».

En toda Andalucía, roca de Jaén y caracola de Cádiz, la gente habla constantemente del duende y lo descubre en cuanto sale con instinto eficaz. El maravilloso cantaor El Lebrijano, creador de la Debla, decía: «Los días que yo canto con duende no hay quien pueda conmigo»; la vieja bailarina gitana, La Malena, exclamó un día oyendo tocar a Brailowsky un fragmento de Bach: «¡Olé! ¡Eso tiene duende!», y estuvo aburrida con Gluck y con Brahms y con Darius Milhaud. Y Manuel Torres, el hombre de mayor cultura en la sangre que he conocido, dijo escuchando al propio Falla su *Nocturno del Generalife* esta espléndida frase: «Todo lo que tiene sonidos negros tiene duende». Y no hay verdad más grande.

Estos sonidos negros son el misterio, las raíces que se clavan en el limo que todos conocemos, que todos ignoramos, pero de donde nos llega lo que es sustancial en el arte. Sonidos negros dijo el hombre popular de España, y coincidió con Goethe que hace la definición del duende al hablar de Paganini, diciendo: «Poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica».

Así pues, el duende es un poder y no un obrar, es un luchar y no un pensar. Yo he oído decir a un viejo maestro guitarrista: «El duende no está en la garganta, el duende sube por dentro desde la planta de los pies». Es decir, no es cuestión de facultad, sino de verdadero estilo vivo: es decir, de sangre; es decir, de viejísima cultura, de creación en acto.

Este «poder misterioso que todos sienten y que ningún filósofo explica» es, en suma, el espíritu de la tierra, el mismo duende que abrazó el corazón de Nietzsche que lo buscaba en sus formas exteriores sobre el puente Rialto o en la música de Bizet, sin encontrarlo y sin saber que el duende que él perseguía había saltado de los misteriosos griegos a las bailarinas de Cádiz o al dionisíaco grito degollado de la seguiriya de Silverio.

Así pues, no quiero que nadie confunda al duende con el demonio teológico de la duda, al que Lutero, con un sentimiento báquico, le arrojó un frasco de tinta en Nuremberg, ni con el diablo católico, destructor y poco inteligente, que se disfraza de perra para entrar en los conventos, ni con el mono parlante que lleva el truchimán de Cervantes, en la comedia de los celos y las selvas de Andalucía.

No. El duende de que hablo, oscuro y estremecido, es descendiente de aquel alegrísimo demonio de Sócrates, mármol y sal, que lo arañó indignado el día en que tomó la cicuta; y del otro melancólico demonillo de Descartes, pequeño como almendra verde, que harto de círculos y líneas, salía por los canales para oír cantar a los marineros borrachos.

Todo hombre, todo artista llamará Nietzsche, cada escala que sube en la torre de su perfección es a costa de la lucha que sostiene con un duende, no con un ángel, como se ha dicho, ni con su musa. Es preciso hacer esa distinción fundamental para la raíz de la obra.

El ángel guía y regala como San Rafael, defiende y evita como San Miguel y previene como San Gabriel.

El ángel deslumbra, pero vuela sobre la cabeza del hombre, está por encima, derrama su gracia, y el hombre, sin ningún esfuerzo, realiza su obra o su simpatía o su danza. El ángel del camino de Damasco y el que entró por la rendija del balconcillo de Asís o el que sigue los pasos de Enrique Susson *ordena* y no hay modo de oponerse a sus luces, porque agita sus alas de acero en el ambiente del predestinado.

La musa dicta y, en algunas ocasiones, sopla. Puede relativamente poco, porque ya está lejana y tan cansada (yo la he visto dos veces), que tuve que ponerle medio corazón de mármol. Los poetas de musa oyen voces y no saben dónde, pero son de la musa que los alienta y a veces se los merienda, Como en el caso de Apollinaire, gran poeta destruido por la horrible musa con que lo pintó el divino angélico Rousseau. La musa despierta la inteligencia, trae paisajes de columnas y falso sabor de laureles, y la inteligencia es muchas veces la

enemiga de la poesía, porque imita demasiado, porque eleva al poeta en un trono de agudas aristas y le hace olvidar que de pronto se lo pueden comer las hormigas o le puede caer en la cabeza una gran langosta de arsénico contra la cual no pueden las musas que hay en los monóculos o en la rosa de tibia laca del pequeño salón.

Ángel y musa vienen de fuera; el ángel da luces y la musa da formas (Hesíodo aprendió de ellas). Pan de oro o pliegue de túnicas, el poeta recibe normas en su bosquecillo de laureles. En cambio, al duende hay que despertarlo en las últimas habitaciones de la sangre.

Y rechazar el ángel y dar un puntapié a la musa y perder el miedo a la fragancia de violetas que exhala la poesía del XVIII y al gran telescopio en cuyos cristales se duerme la musa enferma de límites.

La verdadera lucha es con el duende.

Se saben los caminos para buscar a Dios, desde el modo bárbaro del eremita al modo sutil del místico. Con una torre como Santa Teresa, o con tres caminos como San Juan de la Cruz. Y aunque tengamos que clamar con voz de Isaías: «verdaderamente tú eres Dios escondido», al fin y al cabo Dios manda al que lo busca sus primeras espinas de fuego.

Para buscar el duende no hay mapa ni ejercicio. Solo se sabe que quema la sangre como un tópico de vidrios, que agota, que rechaza toda la dulce geometría aprendida, que rompe los estilos, que Goya, maestro en los grises, en los platas y en los rosas de la mejor pintura inglesa, pinte con las rodillas y los puños con horribles negros de betún; o que desnuda a Mosén Cinto Verdaguer con el frío de los Pirineos o lleva a Jorge Manrique a esperar a la muerte en el páramo de Ocaña, o viste con un traje verde de saltimbanqui el cuerpo delicado de Rimbaud, o pone ojos de pez muerto al conde Lautréamont en la madrugada del boulevard.

Los grandes artistas del Sur de España, gitanos o flamencos, ya canten, ya bailen, ya toquen, saben que no es posible ninguna emoción sin la llegada del duende. Ellos engañan a la

gente y pueden dar sensación de duende sin haberlo, como os engañan todos los días autores o pintores o modistas literarios sin duende; pero basta fijarse un poco, y no dejarse llevar por la indiferencia, para descubrir la trampa y hacerle huir con su burdo artificio.

Una vez, la cantaora andaluza Pastora Pavón La Niña de los Peines, sombrío genio hispánico, equivalente en capacidad de fantasía a Goya o a Rafael el Gallo, cantaba en una tabernilla de Cádiz. Jugaba con su voz de sombra, con su voz de estaño fundido, con su voz cubierta de musgo, y se la enredaba en la cabellera o la mojaba en manzanilla o la perdía por unos jarales oscuros y lejanísimos. Pero nada era inútil. Los oyentes permanecían callados.

Allí estaba Ignacio Espeleta, hermoso como una tortuga romana, a quien preguntaron una vez: «¿Cómo, no trabajas?»; y él con una sonrisa digna de Argantonio, respondió: «¿Cómo voy a trabajar si soy de Cádiz?».

Allí estaba Eloísa, la caliente aristócrata, ramera de Sevilla, descendiente directa de Soledad Vargas, que en el treinta no se quiso casar con un Rotschild porque no la igualaba en sangre. Allí estaban los Floridas que la gente cree carniceros, pero que en realidad son sacerdotes milenarios que siguen sacrificando toros a Gerión, y en un ángulo el imponente ganadero don Pablo Murube con aire de máscara cretense. Pastora Pavón terminó de cantar en medio del silencio. Solo y con sarcasmo un hombre pequeñito, de esos hombrines bailarines que salen, de pronto, de las botellas de aguardiente, dijo con voz muy baja: ¡Viva París!; como diciendo: aquí no nos importan las facultades, ni la técnica, ni la maestría. Nos importa otra cosa.

Entonces La Niña de los Peines se levantó como una loca, tronchada igual que una llorona medieval, y se bebió de un trago un gran vaso de Cazalla como fuego, y se sentó a cantar sin voz, sin aliento, sin matices, con la garganta abrasada, pero... con duende. Había logrado matar todo el andamiaje de la canción para dejar paso a un duende furioso y abrasador, amigo de los vientos cargados de arena, que hacía que los oyentes se rasga-

ran los trajes casi con el mismo ritmo con que se los rompen los negros antillanos del rito, apelotonados ante la imagen de Santa Bárbara.

La Niña de los Peines tuvo que desgarrar su voz porque sabía que la estaba oyendo gente exquisita que no pedía formas, sino tuétano de formas, música pura con el cuerpo sucinto para poder mantenerse en el aire. Se tuvo que empobrecer de facultades y de seguridades, es decir, tuvo que alejar a su musa y quedarse desamparada, que su duende viniera y se dignara luchar a brazo partido. ¡Y cómo cantó! Su voz ya no jugaba, su voz era un chorro de sangre digna por su dolor y su sinceridad, y se abría como una mano de diez dedos por los pies clavados, pero llenos de borrasca, de un Cristo de Juan de Juni.

La llegada del duende presupone siempre un cambio radical en todas las formas sobre planos viejos, da sensaciones de frescura totalmente inéditas, con una calidad de rosa recién creada, de milagro, que llega a producir un entusiasmo casi religioso.

En toda la música árabe, danza, canción o elegía, la llegada del duende es saludada con enérgicos Alá, Alá, Dios, Dios, tan cerca del olé de los toros que quién sabe si será lo mismo; y en todos los cantos del Sur de España, la aparición del duende es seguida por sinceros gritos de ¡Viva Dios!, profundo, humano, tierno grito de una comunicación con Dios por medio de los cinco sentidos, gracias al duende que agita la voz y el cuerpo de la bailarina, evasión real y poética de este mundo, tan pura como la conseguida por el rarísimo poeta del XVII Pedro Soto de Rojas a través de siete jardines, o la de Juan Clímaco por una temblorosa escala de llanto.

Naturalmente, cuando esa evasión está lograda todos sienten sus efectos: el iniciado, viendo cómo el estilo vence a una materia pobre, y el ignorante en el no sé qué de una auténtica emoción. Hace años, en un concurso de baile de Jerez de la Frontera, se llevó el premio una vieja de ochenta años contra hermosas mujeres y muchachas con la cintura de agua, por el solo hecho de levantar los brazos, erguir la cabeza y dar un golpe con el pie sobre el tabladillo; pero en la reunión de musas y de

ángeles que había allí, bellezas de forma y bellezas de sonrisa; tenía que ganar y ganó aquel duende moribundo que arrastraba por el suelo sus alas de cuchillos oxidados.

Todas las artes son capaces de duende, pero donde encuentra más campo, como es natural, es en la música, en la danza y en la poesía hablada, ya que éstas necesitan un cuerpo vivo que interprete, porque son formas que nacen y mueren de modo perpetuo y alzan sus contornos sobre un presente exacto.

Muchas veces el duende del músico pasa al duende del intérprete, y otras veces, cuando el músico o el poeta no son tales, el duende del intérprete, y esto es interesante, crea una nueva maravilla que tiene, en la apariencia, nada más, la forma primitiva.

Tal el caso de la enduendada Eleonora Duse, que buscaba obras fracasadas para hacerlas triunfar, gracias a lo que ella inventaba, o el caso de Paganini, explicado por Goethe, que hacía oír melodías profundas de verdaderas vulgaridades, o el caso de una deliciosa muchacha del Puerto de Santa María a quien yo le vi cantar y bailar el horroroso cuplé italiano «¡O Mari!» con unos ritmos, unos silencios y una intención que hacían de la pacotilla italiana una dura serpiente de oro levantado. Lo que pasaba era que efectivamente encontraban alguna cosa nueva que nada tenía que ver con lo anterior, que ponían sangre viva y ciencia sobre cuerpos vacíos de expresión.

Todas las artes, y aun los países, tienen capacidad de duende, de ángel y de musa, y así como Alemania tiene, con excepciones, musa, y la Italia tiene permanentemente ángel, España está en todos tiempos movida por el duende, como país de música y danza milenarias, donde el duende exprime limones de madrugada, y como país de muerte, como país abierto a la muerte.

En todos los países la muerte es un fin. Llega y se corren las cortinas. En España, no. En España se levantan. Muchas gentes viven allí entre muros hasta el día en que mueren y las sacan al sol. Un muerto en España está más vivo como muerto que en ningún sitio del mundo: hiere su perfil como el filo de una

navaja barbera. El chiste sobre la muerte y su contemplación silenciosa son familiares a los españoles. Desde «El sueño de las calaveras» de Quevedo hasta el «Obispo podrido» de Valdés Leal, y desde la Marbella del siglo XVII, muerta de parto en mitad del camino, que dice:

La sangre de mis entrañas
cubriendo el caballo está.
Las patas de tu caballo
echan fuego de alquitrán...

al reciente mozo de Salamanca, muerto por el toro, que clama:

Amigos, que yo me muero;
amigos, yo estoy muy malo.
Tres pañuelos tengo dentro
y este que meto son cuatro...

hay una barandilla de flores de salitre, donde se asoma un pueblo de contempladores de la muerte, con versículos de Jeremías por el lado más áspero, o con ciprés fragante por el lado más lírico, pero un país donde lo más importante de todo tiene un último valor metálico de muerte.

La cuchilla y la rueda del carro y la navaja y las barbas pinchonas de los pastores y la luna pelada y la mosca y las alacenas húmedas y los derribos y los santos cubiertos de encaje y la cal y la línea hiriente de aleros y miradores tienen en España diminutas hierbas de muerte, alusiones y voces perceptibles para un espíritu alerta, que nos llama la memoria con el aire yerto de nuestro propio tránsito. No es casualidad todo el arte español ligado con nuestra tierra, lleno de cardos y piedras definitivas, no es un ejemplo aislado la lamentación de Plebesio o las danzas del maestro Josef María de Val Divielas, no es un azar el que de toda la balada europea se destaque esta amada española:

Si tú eres mi linda amiga
¿cómo no me miras, di?
—Ojos con que te miraba
a la sombra se los di.
—Si tú eres mi linda amiga
¿cómo no me besas, di?
—Labios con que te besaba
a la tierra se los di.
—Si tú eres mi linda amiga
¿cómo no me abrazas, di?
—Brazos con que te abrazaba
de gusanos los cubrí.

Ni es extraño que en los albores de nuestra lírica suene esta canción:

Dentro del vergel
moriré,
dentro del rosal
matar me han.
Yo me iba, mi madre,
las rosas coger,
hallara la muerte
dentro del vergel.
Yo me iba, mi madre,
las rosas cortar,
hallara la muerte
dentro del rosal.
Dentro del vergel
moriré,
dentro del rosal
matar me han.

Las cabezas heladas por la luna que pintó Zurbarán, el amarillo manteca con el amarillo relámpago del Greco, el relato del padre Sigüenza, la obra íntegra de Goya, el ábside de la iglesia

del Escorial, toda la escultura policromada, la cripta de la casa ducal de Osuna, la muerte con la guitarra de la capilla de los Benavente en Medina de Río Seco, equivalen en lo culto a las romerías de San Andrés de Teixido, donde los muertos llevan sitio en la procesión, a los cantos de difuntos que cantan las mujeres de Asturias con faroles llenos de llamas en la noche de noviembre, al canto y danza de la Sibila en las catedrales de Mallorca y Toledo, al oscuro «In Recort» tortosino, y a los innumerables ritos del Viernes Santo que con la cultísima Fiesta de los Toros forman el triunfo popular de la muerte española. En el mundo solamente México puede cogerse de la mano con mi país.

Cuando la musa ve llegar a la muerte, cierra la puerta o levanta un plinto o pasea una urna y escribe un epitafio con mano de cera, pero en seguida vuelve a rasgar su laurel con un silencio que vacila entre dos brisas. Bajo el arco truncado de la Oda, ella junta con sentido fúnebre las flores exactas que pintaron los italianos del XV y llama al seguro gallo de Lucrecio para que espante sombras imprevistas.

Cuando ve llegar a la muerte, el ángel vuela en círculos lentos y teje con lágrimas de hielo y narciso la elegía que hemos visto temblar en las manos de Keats y en las de Villasandino y en las de Herrera, en las de Bécquer y en las de Juan Ramón Jiménez. Pero, ¡qué terror el del ángel si siente una araña, por diminuta que sea, sobre su tierno pie rosado!

En cambio, el duende no llega si no ve posibilidad de muerte, si no sabe que ha de rondar su casa, si no tiene seguridad de que ha de mecer esas ramas que todos llevamos y que no tienen, que no tendrán consuelo.

Con idea, con sonido o con gesto, el duende gusta de los bordes del pozo en franca lucha con el creador. Ángel y musa se escapan con violín o compás, y el duende hiere, y en la curación de esta herida que no se cierra nunca está lo insólito, lo inventado de la obra de un hombre.

La virtud mágica del poema consiste en estar siempre enduendado para bautizar con agua oscura a todos los que lo

miran porque con duende es más fácil amar, comprender, y es *seguro* ser amado, ser comprendido, y esta lucha por la expresión y por la comunicación de la expresión adquiere a veces, en poesía, caracteres mortales.

Recordad el caso de la flamenquísima y enduendada Santa Teresa, flamenca no por atar un toro furioso y darle tres pases magníficos, que lo hizo, no por presumir de guapa delante de Fray Juan de la Miseria, ni por darle una bofetada al Nuncio de Su Santidad, sino por ser una de las pocas criaturas cuyo duende (no cuyo ángel, porque el ángel no ataca nunca) la traspasa con un dardo, queriendo matarla por haberle quitado su último secreto, el puente sutil que une los cinco sentidos con ese centro en carne viva, en nube viva, en mar viva, del Amor libertado del Tiempo.

Valentísima vencedora del duende, y caso contrario al de Felipe de Austria, que ansiando buscar musa y ángel en la teología, se vio aprisionado por el duende de los ardores fríos en esa obra del Escorial, donde la geometría limita con el sueño y donde el duende se pone careta de musa para eterno castigo del gran rey.

Hemos dicho que el duende ama el borde, la herida, y se acerca a los sitios donde las formas se funden en un anhelo superior a sus expresiones visibles. En España (como en los pueblos de Oriente, donde la danza es expresión religiosa) tiene el duende un campo sin límites sobre los cuerpos de las bailarinas de Cádiz, elogiadas por Marcial, sobre los pechos de los que cantan, elogiados por Juvenal, y en toda la liturgia de los toros, auténtico drama religioso, donde de la misma manera que en la misa se adora y se sacrifica a un Dios.

Parece como si todo el duende del mundo clásico se agolpara en esta fiesta perfecta, exponente de la cultura y de la gran sensibilidad de un pueblo que descubre en el hombre sus mejores iras, sus mejores bilis y su mejor llanto. Ni en el baile español, ni en los toros, se divierte nadie; el duende se encarga de hacer sufrir por medio del drama, sobre formas vivas, y prepara las escaleras para una evasión de la realidad que circunda.

El duende opera sobre el cuerpo de la bailarina como el aire sobre la arena. Convierte con mágico poder una muchacha en paralítica de la luna, o llena de rubores adolescentes a un viejo roto que pide limosna por las tiendas de vino, da con una cabellera olor de puerto nocturno, y en todo momento opera sobre los brazos con expresiones que son madres de la danza de todos los tiempos.

Pero imposible repetirse nunca, esto es muy interesante de subrayar. El duende no se repite, como no se repiten las formas del mar en la borrasca.

En los toros adquiere sus acentos más impresionantes, porque tiene que luchar, por un lado, con la muerte que puede destruirlo, y, por otro lado, con la geometría, con la medida base fundamental de la fiesta.

El toro tiene su órbita, el torero la suya, y entre órbita y órbita un punto de peligro donde está el vértice del terrible juego.

Se puede tener musa con la muleta y ángel con las banderillas, y pasar por buen torero, pero en la faena de capa, con el toro limpio todavía de heridas, y en el momento de matar, se necesita la ayuda del duende para dar en el clavo de la verdad artística.

El torero que asusta al público en la plaza con su temeridad, no torea, sino que está en ese plano ridículo, al alcance de cualquier hombre, de *jugarse la vida;* en cambio, el torero mordido por el duende da una lección de música pitagórica y hace olvidar que tira constantemente el corazón sobre los cuernos.

Lagartijo con su duende romano, Joselito con su duende judío, Belmonte con su duende barroco y Cagancho con su duende gitano enseñan, desde el crepúsculo del anillo, a poetas, pintores y músicos, cuatro grandes caminos de la tradición española.

España es el único país donde la muerte es el espectáculo nacional, donde la muerte toca largos clarines a la llegada de las primaveras, y su arte está siempre regido por un duende agudo que le ha dado su diferencia y su calidad de invención.

El duende que llena de sangre, por vez primera en la escultura, las mejillas de los santos del maestro Mateo de Campos,

es el mismo que hace gemir a San Juan de la Cruz o quema ninfas desnudas por los sonetos religiosos de Lope.

El duende que levanta la torre de Sahagún o trabaja calientes ladrillos en Calatayud o Teruel, es el mismo que rompe las nubes del Greco y echa a rodar a puntapiés alguaciles de Quevedo y quimeras de Goya.

Cuando llueve, saca a Velázquez enduendado, en secreto, detrás de sus grises monárquicos; cuando nieva, hace salir a Herrera desnudo para demostrar que el frío no mata; cuando arde, mete en sus llamas a Berruguete y le hace inventar un nuevo espacio para la escultura.

La musa de Góngora y el ángel de Garcilaso han de soltar la guirnalda de laurel cuando pasa el duende de San Juan de la Cruz, cuando

El ciervo vulnerado
por el otero asoma.

La musa de Gonzalo de Berceo y el ángel del Arcipreste de Hita se han de apartar para dejar paso a Jorge Manrique cuando llega herido de muerte a las puertas del Castillo de Belmonte. La musa de Gregorio Hernández y el ángel de José de Mora han de alejarse para que cruce el duende que llora lágrimas de sangre de Mena y el duende con cabeza de toro asirio de Martínez Montañés, como la melancólica musa de Cataluña y el ángel mojado de Galicia han de mirar, con amoroso asombro, al duende de Castilla, tan lejos del pan caliente y de la dulcísima vaca que pasta con normas de cielo barrido y tierra seca.

Duende de Quevedo y duende de Cervantes, con verdes anémonas de fósforo el uno, y flores de yeso de Ruidera el otro, coronan el retablo del duende de España.

Cada arte tiene, como es natural, un duende de modo y forma distinta, pero todos unen raíces en un punto de donde manan los sonidos negros de Manuel Torres, materia última y fondo común incontrolable y estremecido de leño, son, tela y vocablo.

Sonidos negros detrás de los cuales están ya en tierna intimidad, los volcanes, las hormigas, los céfiros, y la gran noche, apretándose la cintura con la vía láctea.

Señoras y señores: He levantado tres arcos, y, con mano torpe, he puesto en ellos a la musa, al ángel y al duende.

La musa permanece quieta; puede tener la túnica de pequeños pliegues o los ojos de vaca que miran en Pompeya o la narizota de cuatro caras con que su gran amigo Picasso la ha pintado. El ángel puede agitar cabellos de Antonelle de Mesina, túnica de Lippi y violín de Massolino o de Rousseau.

El duende... ¿Dónde está el duende? Por el arco vacío entra un aire mental que sopla con insistencia sobre las cabezas de los muertos, en busca de nuevos paisajes y acentos ignorados; un aire con olor de saliva de niño, de hierba machacada y velo de medusa que anuncia el constante bautizo de las cosas recién creadas.

Tomado de *Poeta en Nueva York, conferencias, prosas varias,* volumen séptimo de las obras completas, recopiladas por Guillermo de Torre, Editorial Losada, Buenos Aires, 1952. pp. 141-156.

Comentarios a Omar Kayyam

Para mi querido amigo
Lorenzo Martínez Fuset

Ayer, un sol se abrió delante de mis ojos. Medité sobre el presente. El pasado es la maravilla de la muerte. El porvenir, ¡ah!, el porvenir. Amor y dolor sobre el cristal de lo increado. Oíd la voz de Isaías, el divino meloso del consuelo. El león comerá paja como el buey, y el lobo besará al cordero. Pero la vida es el presente. ¿Qué nos importa lo que pasó y lo que vendrá? ¿Cuándo lloramos? Ahora. ¿Cuándo gozamos? Ahora. ¿Cuándo morimos? Ahora. ¡Ah, magnífico y lejano Omar Kayyam que quisiste ser piedra preciosa en el vino de tu espíritu! ¡Ah, brumoso mago de la indecisión dolorosa y agradable! ¿Qué miraste en el vino? ¿Qué mundo interior vivías al amarlo? Indudablemente tu panteísmo religioso manaba de tu infinita contemplación de las cosas. Todas las cosas tienen alma si logran producirnos emoción. El vino posee en sus colores aristocráticos un alma de verdad y de amor. Si hay negruras por los fondos de la noche, el vino las borrará. Omar, el místico de la vaguedad, penetró en

los secretos ocultos del vino más que ningún otro hombre, supo ver la belleza de la borrachera de espíritu y licor... y lo contaba fastuoso. En el campo, sobre el césped, tomad el vino de rubí, escanciado por la amada. Y dice que pensaba en el cielo...

Cuando poseemos alma grande —cosa tan desusada en nuestros días— y podemos sobreponerla a toda bajeza de la carne, si se [...] su espíritu divino, si tomamos vino, sentimos dentro de nuestra alma los efluvios del amor, del amor gigante, del amor hacia nada y hacia todo. Y aquel momento estaremos llenos de belleza. La belleza es un instante. El vino escanciado en las copas de nuestros corazones y modulado en las escalas maravillosas de nuestros sentimientos, nos da seguramente la visión exacta de nuestro existir. ¡Amor! Mucho amor. Respeto de todas las posiciones de existencia. ¿Qué importa que unos hombres clamen los castigos eternos, además del castigo de vivir? ¿Qué importa que nos atropellen las ideas? Si pudiéramos contemplarnos en nuestras intimidades, quizá nos amaríamos todos. Pero existen desgraciadamente las posiciones de filosofía. Los hombres al nacer, ya están escritos en cualquiera de ellas, y siguen la mayoría hasta la muerte, defendiéndolas sin saber lo que defienden. ¿Dónde está la verdad? ¿Qué encierra en sí la maltratada pasión de la fe? Y nacen los odios y los desamores, y la muerte. Y llegan los hombres a destruirse unos a otros en contra de sus mismas creencias. ¡Ah, si a todos ellos en la noche de sus pesares les hablara al oído el espíritu del porqué! Seguramente escanciarían todos, el vino de su amor en la copa de la humanidad. ¿Por qué el castigo de la eternidad con toda esta desolación de nuestros sufrimientos? ¡Divino y espiritual Omar de Nishapur, tú viste a los hombres luchando amarrados con el ayer y el mañana y clamaste el triunfo de hoy! Tú contemplaste al mundo con su mar de confusión y dijiste admirable: «¡Hoy! ¡Hoy! traedme vino y los labios de la amada. Las rosas son las flores de las flores, en ellas está el vino de perfume. Hoy, hoy. Ya viene la noche pero enciendo mi antorcha de vino y de pasión». Y eras el que viste la abrumadora verdad de hoy. ¡Cómo no, majestuoso visionario del color del rubí! Hoy es la vida. Los

años son hoy. El pasado es el hoy muerto. El porvenir es el hoy que vendrá. Siempre estamos en el hoy.

¡Magnífico oriental con esplendor de luna! ¿No ves que los hombres no podemos concebir la eternidad por la eternidad? Cuando pensamos en la gloria del alma, lo hacemos adivinando su hoy eterno. Cuando aspiramos a la inmortalidad, lo hacemos por el hoy que su pensamiento nos produce. Lo único grande que poseemos los hombres es la imaginación y ella es la que produce en nosotros el consuelo por el hoy eterno. El hombre es siempre un presente. ¡Ah, infinito borracho de placer sereno! Adivinaste en el vino su presente de amor y bruma crepuscular. ¡Ah, rarísimo aspirador de los perfumes de las nubes! Viste las cabalgatas de las filosofías y abriste la puerta dorada de tu hoy infinito. Tú le diste su verdadero sentido al vino. Tu pueblo, el más genial de todos precisamente por ser hijo de la imaginación espléndida, tiene prohibido tragar las copas del licor mortal.

Mahoma fue un maravilloso genio que supo leer vuestros corazones. Y así como inventó la eterna bienaventuranza de la carne para que lo amarais por encima de todas las cosas, os prohibió el vino para que lo aborrecierais con toda vuestra alma. Él sabía que el vino es el gran destructor de sistemas religiosos... y más caía en vuestros pechos, tan pasionales, tan ardientes, tan desbordados... Desde luego todo esto se ha de considerar como el vino obrando sobre espíritus... porque el vino sobre la carne... no tiene razón de ser.

Baudelaire llama al vino el segundo hijo del Sol. Tú, Omar Kayyam, lo llamas lo único, lo verdadero... los poetas aman al vino por el vino. Tú por el vino te amas a ti... seguramente, y tú mismo lo dices en tus lamentaciones. El pueblo fanático te despreciaba, pero llorabas en la borrachera: «¿Qué hago yo?». Eso es. «¿Qué hago yo?», claman los quijotes que recorren los caminos, sin aventuras porque el desprecio de los demás las quitó. «¿Qué hago yo?», gritan los feos, los que nacieron deformes y espantosos, pero con alma superior. «¿Qué hago yo?», aúllan las cárceles a una sola voz. «¿Qué hago yo?», suspiran los idiotas y los débiles. «¿Qué hacemos nosotros?», exclaman

los pueblos al destrozarse. Por el fondo llegó la tramoya, los sistemas, los sentimentalismos y tú, Omar Kayyam, pecador de espiritualidad, dijiste: «¡Vino! ¡Vino!... », y entraste en un reino superior. ¡Oh maravilloso oriental con resplandor de luna! En las profundidades de nuestros pensamientos te quisiéramos imitar... pero estamos sujetos a las realidades de la vida, amargados de sus tonterías, pero siguiendo sus abrumadores senderos...

Fuiste misericordioso en extremo, porque te consideraste uno de tantos en esta rueda sin fin.

Los hombres tienen el gran defecto de considerarse superiores a las obras de los hombres grandes.

Por eso te despreciaron, Omar. Ya ves, después que tú han seguido despreciando. Luego, los siglos lavan manchas, pero ya es otra humanidad desligada carnalmente de las que pasaron. Los personajes que rodearon a don Quijote le compadecieron superiores. Y lo mismo pasó con Segismundo y con Hamlet y con Werther...

Siempre lo grande produce en nosotros el abismo de la incomprensión momentánea.

Derramaste sobre la tierra vino para que saciara las angustias de los enamorados que fueron, que dormían sobre el polvo.

Las flores extravagantes, los palacios, los colores de tu país y el vino, te marchitaron de pura juventud... Tienes visiones de jardines perdidos y de colores de inquietud. Dices y afirmas cosas que producen emociones rarísimas, bienhechoras. Eres un poeta egregio, como te llama Rubén, que estás muy lejos de la multitud.

Abu-Abd-Alah

Tomado de *Federico García Lorca. Obras completas IV. Primeros escritos.* Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores, Barcelona, España, 1997. pp. 45-48.

Federico García Lorca Cronología

Antonio Heras

El 5 de junio de 1898 nace Federico García Lorca en Fuente Vaqueros, provincia de Granada, hijo de Federico García Rodríguez y Vicenta Lorca Romero. Será el mayor de cuatro hermanos: Francisco, Concha e Isabel.

Ese mismo año también nacerían otras dos grandes figuras de la literatura mundial: el escritor norteamericano Ernest Hemingway y el dramaturgo alemán Bertold Brecht.

La influencia de su región natal se encuentra en toda su obra, desde *Primeras canciones* hasta *La casa de Bernarda Alba*, combinación de tradición secular y de modernismo del siglo XX.

Nunca perteneció a ningún movimiento literario, aunque algunas características del surrealismo se encontraron en su poesía, como las asociaciones extrañas de palabras.

En 1908 pasa unos meses en Almería, donde comienza sus estudios de bachillerato y sus primeros estudios de música. En 1909 se traslada a vivir a Granada con su familia.

Sus primeros estudios universitarios, Filosofía y Letras y Derecho, los realiza en Granada entre los años 1914 y 1917. En esta universidad entabla amistad con el núcleo intelectual granadino entre los que se encuentran Melchor Fernández, Almagro, Miguel Pizarro, Manuel Ángeles Ortiz, Ismael G. de la Serna, Ángel Barrios, entre otros muchos más. Empieza a realizar viajes de estudios dirigidos por el catedrático Martín Domínguez Barrueta por Andalucía, Castilla y Galicia descubriendo así los tesoros culturales de su país. Durante esa época, Manuel de Falla fija su residencia en Granada y Federico García Lorca inicia una gran amistad con él.

Es también en Granada, en 1918, donde publica su primer libro *Impresiones y paisajes* y escribe algunos poemas que aparecerán más tarde en su primer libro de versos *Libro de poemas*.

En 1919 decide trasladarse a Madrid y se instala en la residencia de estudiantes, donde vivirá hasta 1928. Durante estos años conocerá a Luis Buñuel, Salvador Dalí, José Moreno Villa, Emilio Prados, Pedro Salinas, Pepín Bello y Juan Ramón Jiménez.

En el año 1920 estrena en el teatro Eslava de Madrid *El maleficio de la mariposa*, pero le supone un total fracaso. También en este año se matricula en la Facultad de Filosofía y Letras e inicia la redacción de las *Suites*.

En 1921 publica el *Libro de poemas* y en noviembre de ese mismo año tiene casi escrito la totalidad del «Poema del cante jondo». Juan Ramón Jiménez incluye en su revista *Índice* poemas de Lorca.

Elabora una conferencia llamada «El cante jondo» y la lee en el Centro Artístico de Granada. Durante su estancia en esta ciudad, en enero de 1923, en la fiesta de los Reyes Magos, celebra en su casa una función de títeres organizada por él y por Falla. En este año aparecen los primeros dibujos de Lorca; asiste, en Madrid, al banquete en honor de Ramón Gómez de la Serna y en junio se licencia en Derecho por la Universidad de Granada. Es en otoño cuando Salvador Dalí llega a la residencia de estudiantes y entabla amistad con el pintor Gregorio Prieto y con Rafael Alberti.

En 1925 termina *Mariana Pineda* y en la primavera de ese mismo año es invitado por la familia de Salvador Dalí a Cadaqués. Al año siguiente realiza numerosas excursiones con Manuel de Falla por las Alpujarras, su familia adquiere la Huerta de San Vicente, en la vega granadina, donde pasa frecuentes temporadas. La *Revista de Occidente* publica su «Oda a Salvador Dalí» y en el Ateneo de Valladolid lee poemas de sus libros en preparación: *Suites, Canciones, Cante jondo* y *Romancero gitano.*

Publica el libro *Canciones* en 1927 y realiza su segunda estancia en Cataluña, donde la compañía de Margarita Xirgu estrena *Mariana Pineda* en el teatro Goya de Barcelona. En esta ciudad el grupo de L'Amics de les Arts (S. Gasch, J. V. Foix, L. Montanya, S. Dalí) organiza, en las Galerías Dalmau, una exposición de sus dibujos. La compañía de Margarita Xirgu decide estrenar *Mariana Pineda* en Madrid y lo hace en el teatro Fontalba.

También en 1927 conoce a Vicente Aleixandre, Luis Cernuda y Joaquín Romero Murube. En diciembre se celebra un homenaje a Góngora en el Ateneo de Sevilla; aquí se organiza una lectura de Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Juan Chabás, José Bargamín y Rafael Alberti.

Dirige, en 1928, a un grupo de intelectuales granadinos y funda la revista *Gallo;* solo se publicarán dos números de esta revista, pero armaron un gran revuelo en el mundo artístico; por ejemplo, el segundo número contiene un «Manifiesto antiartístico catalán» firmado por Salvador Dalí. Publica, de modo parcial, la «Oda al Santísimo Sacramento del Altar» y en la *Revista de Occidente* publica su primer «Romancero gitano». En la residencia de estudiantes lee la conferencia «Canciones de cuna españolas».

En 1929 estrena *Mariana Pineda* en Granada y aparece la segunda edición de *Canciones.* En junio viaja a Estados Unidos y se matricula en la University of Columbia. Frecuenta teatros, cines, museos y se apasiona por el jazz. Veranea en Vermont, siendo huésped de Philip Cummings, y en Catskill Mountains con Ángel del Río. De vuelta a Nueva York se instala en el John

Jay Hall de la Universidad de Columbia, donde permanecerá hasta 1930 y empieza a trabajar en la obra *Poeta en Nueva York*, el guion «Viaje a la Luna» y empieza *El público*.

En 1930 pronuncia varias conferencias en la Universidad de Columbia y en el Vassar College. Es invitado por la Institución Hispano-Cubana de Cultura y marcha hacia La Habana (ciudad que le deja totalmente impresionado) y allí pronuncia varias conferencias. Termina *El público*.

De vuelta a España estrena *La zapatera prodigiosa*. Publica algunos poemas de *Poeta en Nueva York* y el «Poema del cante jondo». Termina *Así que pasen cinco años*. Dirige y funda con Eduardo Ugarte el teatro universitario ambulante La Barraca y representan por toda España obras de los grandes maestros como: Calderón, Cervantes, Lope de Vega, entre otros. Lee conferencias en Valladolid, Sevilla, Salamanca, La Coruña, San Sebastián y Barcelona. Escribe *Bodas de sangre*. Expone sus dibujos en el Ateneo Popular de Huelva.

En 1933 estrena *Bodas de sangre* en el teatro Beatriz de Madrid y en México se publica la «Oda de Walt Whitman». Viaja a Argentina y Uruguay, donde tiene una estancia triunfal; en Buenos Aires da conferencias y asiste a las clamorosas representaciones de *Mariana Pineda*, *Bodas de sangre* (alcanza un gran éxito, superando las cien representaciones) y *La zapatera prodigiosa*. Durante su estancia en Montevideo conoce a Pablo Neruda y pronuncia varias conferencias.

Cuando regresa de este viaje a España se produce un hecho que le supone un gran dolor: la muerte de su amigo, el famoso torero y mecenas del mundo artístico de Madrid, Ignacio Sánchez Mejías, en la plaza de toros de Manzanares (Ciudad Real); en su memoria, compone el poema «Llanto por Ignacio Sánchez Mejías» que publica en 1935. En Madrid, consigue un estreno triunfal con *Yerma* representada por la compañía de Margarita Xirgu.

En 1935 trabaja en *Doña Rosita la soltera o El lenguaje de las flores*. Se instala en Barcelona donde da conferencias y asiste a las representaciones de *Yerma* y *Bodas de sangre*. Termina y estrena

Doña Rosita la soltera y trabaja en los *Sonetos*. La compañía de Lola Membrives estrena en el teatro Coliseum de Madrid *La zapatera prodigiosa*.

Concluye *La casa de Bernarda Alba* en 1936 (pero no será representada sino en 1945 en Buenos Aires) y participa en un homenaje a Luis Cernuda. Es en 1936, el 13 de julio, cuando José Calvo Sotelo, líder del partido monárquico Renovación Española, es sacado de su casa y asesinado en un camposanto de Madrid; comienza así la insurrección de una gran parte del ejército. Federico García Lorca que no pertenece a ningún partido político, pero es un artista moderno que por definición, en aquella época, pertenecía al «arte degenerado», es considerado un enemigo para un régimen autoritario. Por esta razón, huye de Madrid a Granada que se mantenía más tranquila. El 18 de julio se produce el alzamiento militar contra el gobierno de la República. El 16 de agosto, Lorca es detenido y el 19 del mismo mes es asesinado en Viznar (Granada), dejando inéditas e inconclusas numerosas obras. En ese mismo año también muere Miguel de Unamuno, preso en su casa, y se produce el exilio de gran parte de los artistas españoles, como, por ejemplo, Manuel de Falla, quien moriría siete años después que su amigo Lorca, en Buenos Aires, sin volver a ver su país natal.

Tomado de: http://federicogarcialorca.net/obras_lorca/biografia_y_obra.htm, consultado el 18 de octubre de 2016.

Audrey Lataste

Bordeaux, Francia, 1989.

Obtuvo el Diploma Superior en Artes Gráficas, Especialización en la Ilustración y el Cómic en la Escuela Superior de las Profesiones de la Imagen —ESMI— en Burdeos, Francia, en 2013.

Diseñadora gráfica e ilustradora en Francia, México y Colombia entre 2013 y 2016.

Se ha desempeñado como maestra de dibujo e ilustración en varias escuelas primarias entre 2013 y 2014 en Burdeos (Francia) y Colombia (Barichara).

Actualmente estudia grabado en el taller Agua Tinta de Medellín.

Exposiciones

2016 Salón de Ilustración «Imagenpalabra», Medellín y Bogotá.

2015 XX Salón del Cómic de Granada, exposición internacional de dibujos e ilustraciones, Granada, España.

Publicaciones

Dibujos en la revista *Donnez-nous de vos nouvelles* y en las ediciones *La Lune Vague,* Burdeos, Francia en 2012.

Ilustraciones en el libro *Loupin et son aventure à 3 pattes* (seleccionado al premio Handi-Livre en parís en 2013); y en las ediciones *La Lune Vague,* Burdeos, Francia, en 2012.

Ilustraciones en las revistas *Association des Paralysés de France* y *Faire-Face, Paris* en 2013.

Ilustraciones en el libro *Qu'y a-t-il derrière la dune?* y en las ediciones Milathéa, Burdeos, Francia, en 2013 y 2014.

Los dibujos de Audrey Lataste

Audrey Lataste es francesa y vive actualmente en Medellín por los asuntos que tienen que ver con una viajera que sale de su país a conocer otros lugares y otras gentes. Es decir, por una curiosidad que va más allá de lo meramente superficial. Pero ella es dibujante y ha hecho ilustraciones y cómics en su país de origen y para varias publicaciones a su paso por los distintos lugares por los que ha pasado. Y ha dictado clases. Pero no logra que esas sean sus actividades regulares, diarias, en su estadía por una ciudad como Medellín. Y difícilmente en cualquier otra ciudad de Latinoamérica. Porque por aquí no hay dónde publicar dibujos y, menos, cómics, y vivir dignamente de eso. Sí hay, pero marginales, casi a escondidas —y de muy dudosa calidad—, como tantas otras cosas referidas a la creación gráfica. Como tantas otras cosas referidas a casi todo, finalmente.

El gusto por el dibujo ha llevado a Audrey Lataste, con el tiempo, a convertirse en una aficionada absoluta por el cómic, esa expresión artística considerada comúnmente de segunda o tercera categoría. Para la gran mayoría, esa referencia nunca pasó de las historietas que leíamos en los periódicos hace años, y acaso en alguna revista que servía de pasatiempo más o menos insulso. Pero ese género evolucionó en grandes proporciones y gracias a Quino, a Charles Shultz, a Liniers, a Maitena Burundarena, a Naide, a Fontanarrosa, a Hergé, entre muchos otros, y a sus famosos personajes y a sus famosas historias, el cómic dejó de ser esos simples «muñequitos», que era la palabra que

servía para dejarlo allá, en ese lugar intrascendente y pueril. Hoy el cómic es el arte de dibujar bien y con gracia, de construir magníficos personajes (como ha hecho siempre la literatura) y de contar historias apasionantes con esos dibujos —sátira, ficción, humor, política, fútbol, sexo—, que no son otra cosa que la creación de un artista. En el mundo, incluso, hace rato tiene gran vigencia la novela gráfica, expresión mayor del cómic. Comparte sitio, sin complejos, con las mejores creaciones literarias. Y es importante en casi todos los países del mundo (en Europa y en Estados Unidos hace años goza de un gran apogeo editorial), menos en Colombia, donde apenas si se sigue hablando de los caricaturistas de los periódicos (quienes, para ser aceptados, aún arrastran casi invariablemente el fardo de la farsa política, amén de que cuentan con poquísima calidad, con contadas excepciones).

Las ilustraciones que aparecen ahora en *Leer y Releer* son una serie de dibujos «rápidos» de Audrey Lataste, bocetos hechos sin duda por el puro placer de dibujar, por esa especie de tic que tienen los dibujantes naturales. Pero donde es posible (a veces más que en obras «más acabadas») percibir la gracia de la línea, el misterio de lo inacabado, el juego de lo que continúa, las expresiones espontáneas de los cuerpos, los precisos volúmenes a pesar de la elipsis. Un buen boceto no es economía de detalles, sino abundancia de la rapidez. Completud de la imaginación.

Cuando la artista se refiere a sus dibujos, habla del temperamento y del estado de ánimo que insufla en ellos, en la conciencia que ellos llevan consigo. Entonces habría que decir que la dulzura y el carácter que le pertenecen a ella, son al igual de sus dibujos. La definición, la gracia, cierta sonrisa que les pone tranquilidad a sus asuntos. La sonrisa de quienes crean mundos para que vivan auténticamente, autónomos, con el solo propósito de que existan. El placer vital que hay en ella es el mismo que hay en sus dibujos. Ellos están para hacer compañía, no para adornar una página. Son parte del ojo que los mira.

Luis Germán Sierra J.

Atribución–No comercial–Sin Derivar.
Está permitido descargar y compartir esta obra siempre que se reconozca su autoría. Está prohibido mezclarla, transformarla o crear nuevo material a partir de ella. Está prohibido su uso con fines comerciales.

Imprenta
Universidad de Antioquia

Teléfono: (574) 219 53 30. Telefax: (574) 219 50 13
Correo electrónico: imprenta@udea.edu.co

Imprenta
Universidad de Antioquia

Manos expertas en su trabajo

• revistas • libros • plegables • afiches • volantes • carpetas • tarjetas • portafolios •

Ciudad Universitaria: Calle 67 N.º 53-108

Bloque 28, primer piso. Teléfono: (57-4) 219 53 30

Telefax: (57-4) 219 50 13

Correo electrónico: imprenta@udea.edu.co

Medellín, Colombia

Editorial Universidad de Antioquia®

La condición biográfica
Ensayos sobre la escritura de sí en la modernidad avanzada
Christine Delory-Momberger

Conversando con dios
Selección de poesía mística de la India y Persia: siglos x a xvii
Compilación, introducción, traducción y notas de Javier Sáenz Obregón

Bia 'Buma
El VIH/sida en los Embera Chamí de Cristianía, Colombia
Carlos Alberto Rojas Arbeláez, Diana Maria Castro Arroyave, Natalia Gómez Valencia, Sandra Yaneth Patiño Londoño, Mauricio Lozano Méndez, Gladis Yagarí, Pedro Pablo Yagarí, Mónica Lucía Soto Velásquez, Sara Claudia Paris Ángel

¿Quién mató a Gerard Norton?
Óscar R. López Castaño

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

LibreRía
Universidad de Antioquia

Edificio de Extensión, primer piso
Calle 70 N.º 52-72
Teléfono: (57-4) 219 80 12
Medellín, Colombia
Correo: libreria@udea.edu.co